

# Capítulo 26 - - Luces Pálidas

- Capítulo 26 - - Luces Pálidas

# Capítulo 26 - - Luces Pálidas

Era como una galería infinita.

Las paredes de cristal se fundían entre sí, prometiendo la eternidad en una diminuta copa, mientras el reflejo continuaba y se multiplicaba sin fin. La altura no era uniforme, los ángulos estaban torcidos y el suelo presentaba ligeras pendientes para confundir aún más los sentidos. El efecto era contundente: Angharad apenas había dado diez pasos cuando empezó a cuestionar por qué camino había entrado. Una tenue y plateada resplandecencia flotaba en el aire, iluminando el sendero, pero no había ninguna fuente visible de esa luz. Sus botas susurraban sobre el piso liso, y, con decisión, avanzó — tras comprobar que su espada no podía cortar el cristal, en cualquier caso. No dejaría marcas en su camino; esa roca opaca era sorprendentemente dura para parecer tan delicada.

El primer ataque llegó por la espalda justo cuando ella giraba en una esquina.

Su sable se levantó para bloquear el golpe, pero solo encontró aire. La figura reflejada en el espejo, que ahora vio que era en realidad su propio rostro distorsionado en otra forma, sonrió con suficiencia antes de desaparecer de la vista. Dios Dormido, pensó Angharad. La situación sería incluso peor de lo que había imaginado si el espíritu podía crear ilusiones en los espejos. Este lugar podría convertirse en una tumba si no llegaba a confiar ni siquiera en sus ojos. Los pelo de punta a medida que avanzaba, siendo emboscada tres veces más por la nada. Sin embargo, no podía bajar la guardia ni comenzar a ignorar los ataques. Era precisamente lo que quería el espíritu, que dejara de vigilar antes de que una verdadera blade llegara a su cuello.

La Peredurí se mantuvo a la derecha todo lo posible, a veces obligada a desviarse, pero después, solo el espíritu lo sabía — ¿menos de una hora, quizá? — empezó a encontrar callejones sin salida. Tras tres en fila, se detuvo, mordiendo su labio al encontrarse cara a cara con su horrible reflejo en la pared. ¿Debería abandonar el borde del laberinto? Había pensado que lo sensato era mantener el perímetro, con la esperanza de circunvalar hasta encontrar una salida, pero ahora temía llegar a un muro y verse forzada a retroceder a ciegas.

—No — susurró—. Continúa hasta el final, tonto. Las medias tintas son como clavos en el ataúd.

Debe seguir el plan hasta estar absolutamente segura de que todos los caminos son sin salida. Dejando atrás el callejón sin salida, volvió al pasillo más amplio tras él y divisó un destello de movimiento— otra emboscada en espejo, pensó, pero levantó su espada de todas formas.

El acero crujió contra el acero, un cuchillo torpemente manejado descendiendo sobre la guardia de su sable.

La sorpresa pura aceleró su respuesta: Angharad empujó con fuerza a su adversario, un monstruo que chillaba, grotesco y retorcido, y retrocedió tres pasos. Ignoró las cien reflejos que florecían en

cada pared, suelo y techo, concentrándose únicamente en el enemigo. No parecía un lemure que Angharad hubiera visto antes, ni un cultista: su piel estaba podrida y sus dientes amarillentos como coral. Usaba harapos que tintineaban, como si llevaran monedas escondidas, y sostenía el cuchillo en una postura que Angharad no reconocía. ¿Quizá alguna antigua forma de lucha?

—No hace falta que peleemos — manifestó claramente Angharad.

El monstruo chilló en respuesta, y la noble frunció el ceño. Parecía inteligente. Tal vez un cadáver poseído por un marionetista lemure. Pero fue cuando la criatura atacó que todo cobró sentido. La embestida fue ciega, sin postura, sin cuidado ni siquiera con la intención de comprender que su alcance era mucho menor que el de ella. Aquello no era una guardia extraña, simplemente no sabía usar un cuchillo. Y eso reveló la verdad oculta tras su monstruosidad. Angharad se adaptó a la guardia del otro, golpeando el golpe con el codo y deslizando suavemente su brazo alrededor de su cuello. Lucharon desesperadamente pero ella era más fuerte, así que apretó y lo arrojó al suelo mientras mantenía el cuchillo zumbando sin control en su espalda.

Tras un minuto aproximadamente, la ilusión se rompió, revelando el rostro lloroso de la mujer llamada Aines.

—Por favor, no—murmuraba, su grito convirtiéndose en Antigua.

A decir verdad, en ocasiones la diferencia entre ambas era meramente académica. Aines, con semblante pálido y un ojo morado y azulado, quedó inmóvil en sus brazos.

—¿Señora Tredegar?—cascó ella, con voz apenas audible.

Angharad la soltó.

—El laberinto oculta nuestros rostros para que nos veamos obligadas a enfrentarnos—dijo, liberándose y levantándose con firmeza. —Este espíritu se alimentaría de nuestros huesos.

—Yo—comenzó la mujer, mordiéndose luego el labio—Sí, mi señora. ¿Puedo... puedo acompañarla?

—Debes hacerlo—asintió Angharad—¿Están todos tus compañeros también atrapados en el laberinto?

Ella asentó en silencio.

—Para nosotros, esa era la única opción—dijo Aines—Aunque el dios nos hizo esperar antes de permitirnos entrar.

Así, el plan del espíritu quedó claramente expuesto. Deseaba que la tripulación de Tupoc y su propia gente se aniquilaran mutuamente bajo el velo de la ilusión. Podría haber visto a través del engaño si enfrentaba a Song o Cozme, porque conozco su estatura y sus armas, pero sé poco sobre quienes acompañaban a Tupoc. El espíritu esperó hasta que sus propios compañeros estuvieran en las puertas de su salón para permitir que entrara el otro grupo, y eso lo tenía más

que claro.

—Debemos encontrar a los demás con prontitud—dijo Angharad con gravedad—o habrá sangre derramada.

Tupoc Xical no era de los que se detienen a pensar dos veces antes de acabar con cualquiera que se interponga en su camino. Aines admitió con franqueza que estaba perdida—había llevado carbón y trató de marcar las paredes, pero no parecía funcionar—así que continuaron con su estrategia. Como si le molestara no encontrar un cadáver, el espíritu colocó otro en su camino en cuestión de minutos. Un ogro que goteaba pus roja rugió desde el otro extremo del pasillo, con reflejos igualmente terribles parpadeando en todas direcciones, y levantó su martillo. Aquel era uno de los que Angharad reconocía.

—Ocotlán—afirmó.

Cualquier que fuera la voz que escuchaba el hombre tras el velo de la ilusión, no era su nombre. Rugió de nuevo y cargó hacia adelante. Detrás de ella, Aines gimió, dando pasos hacia atrás, pero Angharad respiró profundo y afianzó su postura. El gran hombre era fuerte y sorprendentemente veloz—lo sabía por sus enfrentamientos en visiones—pero luchaba sin refinamiento. Suponía que nunca había recibido entrenamiento formal.

Angharad había entrenado antes y enseñaría la diferencia.

A trece pasos, tocó su espada contra su hombro izquierdo en señal de saludo de duelista, midiendo con cuidado las distancias. Ocho pasos. Angharad dio un paso adelante rápidamente, sorprendiendo a Ocotlán, que movió su arma demasiado pronto, pero ella se detuvo a un solo paso. El martillo se balanceó frente a ella y, una vez que pasó, dio un paso a su lado dentro de su guardia abierta. Era un hombre grande y avanzaba como un toro, pero el martillo era pesado y había sido golpeado con fuerza, por lo que su postura estaba desequilibrada—formación, formación—esos malos hábitos solo se corregían con entrenamiento. Realizó un giro después de que intentara abalanzarse sobre ella, y le dio una patada en la parte posterior de la rodilla.

El hombre cayó al suelo, su peso aplastándolo sobre el cristal del piso.

Angharad se dio la vuelta con calma, mientras él se levantaba en cuclillas, y le lanzó un golpe despreocupado que lo hizo pestañear y balbucear un ataque ciego. Ella retrocedió como si temiera el golpe, y él aprovechó esa apertura para levantarse justo como ella quería—solo para que ella se lanzara hacia adelante y le diera una patada en las nalgas, dejándolo en el suelo con el vientre plano. Más atrás, Aines dejó escapar un grito que combinaba una risita nerviosa y un ataque de histeria. Ocotlán, aún con aspecto de criatura deformada, se dio la vuelta y quedó de espaldas, solo para encontrar la punta de su espada en su garganta.

—Quedate en el suelo—susurró Angharad con suavidad—. La ilusión pronto desaparecerá.

Lo que fuera que oyó le hizo estremecerse, pero temía aún más a la hoja, a un cabello de alcanzar su garganta: Ocotlán no se movió. Veinte segundos más tarde, la cara ancha del aztlán reemplazó la de ogro, y en sus oscuros ojos brilló una comprensión súbita.

— Tredegar —gruñó Ocotlán—. Debí haberlo sabido, ¿quién más—

Ella apretó la punta de la espada contra su garganta y él guardó silencio. Sin piedad para aquel, que había sido la mano derecha de Tupoc Xical desde que unieron sus destinos en la Flor de Azucena.

— Seguirás mis órdenes —dijo Angharad—. Obedecerás y no, bajo ninguna circunstancia, matarás dentro de este laberinto.

El gran hombre gruñó.

— Si piensas—

En esta ocasión, la punta de la espada dejó caer una gota de sangre. Ella le miró a los ojos, dejando que cada línea de su indiferencia por su existencia se reflejara en su mirada.

— Pareciera que piensas que esto es una negociación —dijo Angharad con tono pausado—. Será mejor que corrijas ese error.

El tatuado yermo decidió entonces que estaría dispuesto a seguir sus órdenes, después de todo.

Vaya sorpresa.

—

Su próximo encuentro no fue una pelea.

— ¡Angharad!

En un instante, Isabel yacía entre sus brazos, completamente envuelta y apretada. Por encima del hombro de la infanzona, vio a Song cruzar los ojos en señal de incredulidad. Ella sonrió a la Tianxi, al comprobar que no había sufrido daño, y fue correspondida. Alejóse de Isabel para examinarla en busca de heridas, y notó que ella había sido golpeada. Su labio sangraba y estaba un poco hinchado, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la cara.

— ¿Estás bien? —preguntó con preocupación—. ¿Te atacaron?

— La señora Song me golpeó antes de que se rompiera la ilusión —le indicó Isabel—. No fue nada grave.

Los ojos de Angharad se dirigieron a la otra mujer, cuya expresión vacía seguramente ocultaba vergüenza. Debe ser una ilusión poderosa, tejida por el espíritu para engañar incluso a sus ojos plateados.

— ¿Nos damos prisa? —gruñó Ocotlán—. Esto es horrendo.

A veces, le enseñó su madre, un grupo trae a un hombre que simplemente es una mala semilla. Si no puedes deshacerte de él, solo queda una opción.

— Ocotlán —dijo Angharad con tono muy suave—, parece que intentas decirme qué hacer.

Ella giró medio cuerpo, aún con Isabel sujeta de manera suelta en sus brazos, y le enfrentó con la mirada al gran hombre.

— Seguramente sabes que eso sería un error —afirmó con calma—. No deberías actuar de esa manera.

Hubo un largo momento de silencio y then el aztlán tatuado apartó la vista.

— Solo decía cosas —murmuró—. No quise decir nada.

Hay que pisar fuerte —enseñó su madre—. Con intensidad y frecuencia, para que la semilla no crezca y se convierta en maleza. Cuando ella se volvió, Angharad vio a Isabel mirándola con los ojos abiertos de par en par y con un leve enrojecimiento en su cuello. Ella tragó saliva, siguiendo la mirada verde de la infanzona, y casi se pierde en ella, si no fuera por la incómoda sensación de saber que no estaban solos. Tosió, soltando a la otra mujer y ajustando su capa.

— Sigamos adelante —indicó Angharad—. Quizá los demás estén en peligro.

Lo hicieron, y en ese instante la presencia de Song a su lado hizo una diferencia significativa.

— Yaretzi y yo nos separamos cuando una losa cayó entre nosotras —le contó la Tianxi—. Después encontré a Ruesta y tracé un mapa de lo que pude, creo que el pasillo es más o menos cuadrado y hemos recorrido toda la mitad derecha del laberinto. Eso significa que ahora estamos siguiendo el borde de la mitad izquierda.

“Entonces, solo es cuestión de tiempo para encontrar el final,” reflexionó Angharad. “Debe estar en alguna extremidad.”

“Sí,” susurró Song, “y eso me preocupa.”

La Pereduri casi preguntó por qué, hasta que pensó mejor en ello.

“Crees que nos guiaron intencionadamente el uno hacia el otro,” dijo.

La otra mujer asintió.

“Has demostrado ser capaz de dominar a otros sin derramar sangre,” afirmó. “Y en cuanto a mí...”

Ella tocó discretamente su sien izquierda, haciendo referencia a los ojos. Sí, la habilidad de Song para ver a través de algunos engaños sería muy incómoda. La suposición de Tianxi, de que estaban siendo guiados hacia la salida del laberinto para que no pudieran ayudar a otros, parecía completamente creíble.

“Entonces debemos mantener un ojo atento a cualquier intento de desviarnos de un pasaje,” murmuró Angharad. “Podría haber otros detrás de ello.”

Siguieron unos minutos tensos atravesando pasillos espejados, donde sus temores se confirmaban cada vez más: ya no solo eran ataques con reflejos falsos, sino también paredes o vías sin salida simuladas. El espíritu trataba de mantenerlos en un camino y habría tenido éxito si no fuera por las tranquilas indicaciones de Song. La situación alcanzó un punto culminante cuando Angharad dobló una esquina solo para que la Tianxi se quedara inmóvil, levantando la culata de su mosquete y golpeando una pared. Un crujido, para sorpresa de ambos, y tras tres golpes fuertes, una pequeña lámina de cristal que parecía una pared se vino abajo.

“Se están formando nuevas paredes,” dijo Song con tono plano. “Empiezo a sospechar que este lugar no es una simple capilla: es el propio cuerpo del dios.”

Una idea inquietante para todos, pero cuando Angharad anunció que el pasillo que el espíritu quería que evitaran debía ser explorado sin duda, nadie protestó. La curiosidad los llevó a tres giros más cerca del corazón del salón de espejos, donde resonaban sonidos horribles. La noble mujer se adelantó con la espada en mano y encontró dos monstruos falsos devorándose mutuamente. Uno parecía un horror lupino con carne marcada y humo, y el otro, un autómatas de bronce oxidado que exguía aceite verde; la cosa humeante golpeaba al otro en el estómago, con su cuchillo en el suelo.

“¡Deteneos!” gritó Angharad.

Ninguno se giró ni pareció escucharla. Una ilusión de nada en absoluto, pensó. Cuatro pasos más y la criatura de bronce dibujó un círculo de luz ardiente sobre la piel del otro, provocando un grito de horror, y retrocedió tambaleándose antes de levantar su arma. Ella gritó de nuevo, pero no fue escuchada; la bestia que solo podía ser Remund golpeó, solo para que la hoja se disparara en el costado con el estampido del mosquete de Song. Se fragmentó.

Ni un solo centímetro de ella se incrustó en el abdomen del otro hombre.

Remund, envuelto en un velo, soltó un sonido como el metal siendo molido, y giró hacia ellas con un miedo que conocía más allá de la ilusión. El otro hombre retrocedió, aferrándose a su herida, y este no era momento para ser cuidadosos. Angharad se interpuso entre ellos, empujando al herido hacia abajo y apartando la daga que Remund intentaba clavarse en el costado. Ella le asestó un golpe en el vientre, igual que a su hermano, y al verlo doblarse gritó por ayuda para el herido. Remund, que seguía emitiendo aquel sonido infernal, fingió un ataque bajo. Ella dejó que se acercara, y luego bloqueó con fuerza la parte superior de su cabeza en su nariz.

Sintió algo romperse.

Luego, ambos se apartaron, el Remund velado sujetándose la nariz, que solo podía imaginarse que sangraba, mientras Angharad desplazaba lentamente su sable en dirección a él. El hombre se detuvo. Ella colocó lentamente la espada en el suelo, aún escuchando a Aines e Isabel ayudando a mover al herido tras ella. Remund guardó exageradamente su cuchillo y ella suspiró aliviada, permitiendo finalmente que sus dedos se relajaran.

Un latido de corazón después, ambas ilusiones se desvanecieron, dejándola mirar a Remund Cerdan aferrándose a la nariz sangrante, con los ojos aún salvajes y desmesuradamente abiertos.

—Maldita sea—, masculló, encontrando su rostro. —Debí haber sabido por la sable que eras tú, malditos dioses de mierda.

La maldición resultó especialmente virulenta hacia el final de la frase.

—Ojalá pudiera haberlo hecho sin herirte—, dijo Angharad, en lo que se asemejaba más a una disculpa que a otra cosa.

Un momento después, Isabel pasaba junto a ella, lanzándole una sonrisa mientras se apuraba y hacía un gran espectáculo por Remund, que parecía complacido y sorprendido. Ella aprovechó la ocasión para mirar hacia atrás y constató que el hombre herido era el propio esposo de Aines. Felis, así se llamaba, parecía bastante mal. No solo presentaba viejas heridas de ayer, sino que aún estaba magullado por la furia de Zenzele y ahora tenía una herida en el vientre. A simple vista de Angharad, parecía superficial, pero las heridas en el abdomen siempre eran asunto complicado.

—No—, insistía Aines. —Debemos dejar la cuchilla dentro, o la herida sangrará mucho y te acabarás desangrando. Te llevaremos de regreso al fuerte, y luego estará el doctor—.

—No sé si podré caminar hasta allí—, gimió Felis. —No en este estado. ¿Lan—?

—Aquí no—, dijo Aines con tono severo y una creciente inquietud en su voz. —Vamos, levántate.

Angharad apartó la vista, encontrando a Song acercándose para ponerse a su lado. Compartieron una mueca sombría.

—Debemos sacarlo de aquí lo antes posible—, afirmó la Tianxi. —Esa herida podría matarlo de otra manera.

Ella lo había sabido sin que le tuvieran que decir, pero irse en ese momento, abandonando a otros, iba en contra de sus instintos. Tupoc estaba allí afuera, dispuesto a matar, si no lo había hecho ya, mientras Yaretzi, el Maestro Cozme y Zenzele aún desaparecían en la búsqueda. De la tripulación de Tupoc, la gemela superviviente, Lan, todavía estaría por allí.

Y Augusto, aunque su muerte quizás no sería una gran pérdida.

La Pereduri cerró los ojos, tratando de encontrar un camino que le permitiera avanzar. No lograba imaginar ninguno que no implicara llegar a un lugar seguro y luego volver a cruzar el laberinto para que el médico del Fuerte antiguo revisara la herida de Felis. Si Tristan estuviera con ellos, quizás sería diferente, pero... Debo hablar con él otra vez—, pensó Angharad. Seguramente ya ha tenido suficiente tiempo para descansar. La duda la carcomía. ¿Condenar a Felis a la muerte, o abandonar a algunos de sus compañeros a esa misma posibilidad? Angharad tembló, una calma fría y paciente extendiéndose por sus venas.

El Fisher observaba. Esperaba. ¿Dónde residiría el honor?

—Tenemos que partir pronto—, susurró Song. —Felis empeorará y la vuelta al Fuerte antiguo es larga, especialmente si Aines es la única que va con él—.

Angharad ni siquiera había considerado que Ocotlán podría abandonar a sus compañeros, aunque quizás debería haberlo hecho. Parecía que entre ellos no había demasiado cariño. ¿Llegaría acaso el espíritu a considerarlos aliados bajo la protección del pacto? Siempre que sus iguales intentaban—, Angharad se quedó quieta. Ahí estaba, su tercer camino.

Los ojos de la Pereduri se abrieron al retirarse la presencia del Fisher. Decepcionada.

—Nos dirigiremos al final del laberinto—, dijo—. A la mayor velocidad posible.

Los ojos plateados de Song la miraron un momento.

—Como tú digas.—

--

No pasaron siquiera diez minutos antes de que alcanzaran el final de la sala de cristal.

El espíritu quería que se fueran: en la última recta no había reflejos falsos intentando desviarlos, como si la entidad les alentara a abandonar el lugar. Felis, herido, seguía a la retaguardia, ayudado por su esposa e Isabel, aunque no lo bastante lejos como para perderlo de vista. La última sección del pasillo de espejos era una línea recta que conducía a un arco reluciente, una visión de una caverna extraña más allá. Angharad aceleró el paso, asegurándose de ser la primera en abandonar el laberinto, y señaló a los demás que se quedaran atrás después de ella.

Destellos de luz plateada brillaban sobre el arco, revelando la presencia del espíritu.

“Venerable anciano,” dijo Angharad, “he llegado al final de su pasillo.”

“Víctor,” dijo el espíritu. “Váyase. Sin impedimentos. Con. Compañeros.”

Luego hizo un gesto para que los demás salieran, lo que dudaron en hacer. Los destellos plateados se apagaron, pero Angharad aclaró su garganta.

“Usted está incumpliendo su promesa,” afirmó con firmeza.

Las luces volvieron a encenderse, brillando intensamente.

“Mentira.”

“Su presencia obstaculiza a mis compañeros en este momento,” dijo Angharad con serenidad. “A esos que aún permanecen en el hall.”

“MENTIRA. NO. SON. COMPAÑEROS.”

El sonido fue como cristales rompiéndose, hielo que cruje bajo los pies.

“Si los llamo así, ¿quién eres tú para contradecirme?” replicó. “Te doy sus nombres: Cozme Aflor, Zenzele Duma, Tupoc Xical—”

“MENTIRA. MENTIRA. MENTIRA.”

“Yaretzi de Izcalli, Lan de Sacromonte y...”

Hizo una pausa. Tupoc Xical era el límite que estaba dispuesta a aceptar por la veracidad, principalmente para evitar que permaneciera en el hall y matara a otros. Augusto Cerdan, por su parte, no la consideraría un compañero siquiera bajo las definiciones más laxas.

“...Y eso es todo,” concluyó Angharad. “Espero que los sacen del hall sin dificultad.”

“NO ME NEGARÁS,” siseó el espíritu.

Las luces desaparecieron y quedó el silencio. El mundo respiró, la quietud pendía de un hilo, y entonces se escuchó un estruendo atronador.

A lo lejos, una parte del techo de la sala de cristal colapsó.

Fue la primera piedra de una avalancha. El laberinto empezó a deshacerse, como si alguien hubiese arrancado sus costuras, con paredes que se inclinaban o estallaban en pedazos. No quedó convertido en escombros, no fue tan extenso, pero lo que antes era un pasillo ordenado se transformó en una ruina abierta en cuestión de apenas unos treinta segundos. Angharad sintió que miradas quemaban su espalda cuando una última parte del techo cayó en picado.

“Lady Angharad,” dijo Remund con delicadeza, “¿acaso has enfurecido a un dios tan profundamente que haya destruido su propio santuario por despecho?”

Más que eso, si la afirmación de Song sobre la sala de cristal era cierta.

“Parece que la sala ya no se está derrumbando,” dijo Angharad, ignorando estratégicamente las palabras del infanzón. “¿Hay voluntarios que me acompañen a buscar a los sobrevivientes?”

Isabel aceptó rápidamente, como era de esperar, seguida por un irritado Remund. Song se quedó atrás para vigilar a los demás. Los tres se internaron en las ruinas, escalando cristales de bordes ásperos para atravesar la destrucción. Era un trabajo peligroso y agotador, pues fragmentos afilados por todas partes, pero era necesario. Aunque su ayuda resultó ser en gran medida innecesaria: el maestro Cozme los encontró antes que a él, con un golpe en el rostro por un trozo de cristal caído, pero en general bien. Luego llegaron Zenzele y Lan, este último con heridas superficiales en los brazos por una hoja.

“La ilusión no cubrió la sangre,” les dijo Zenzele. “Lo vi, debe ser una persona y no una criatura monstruosa.”

Y fue una buena acción, si hubiera seguido corriendo habría quedado bajo eso, agregó Lan.

Ella señaló una extensión de techo de veinte pies de longitud y tres de grosor. La muerte habría sido instantánea. Isabel los acompañó de regreso a través de las ruinas, dejando a Angharad con Remund. El más joven de los hermanos Cerdan había permanecido en silencio desde la partida de Isabel, pero finalmente reunió su valor y habló.

—Si encontramos a Augusto—, dijo Remund—, será necesario hacer algo. Preferiblemente sin que otros intervengan.

Angharad lo observó durante un momento, luego asintió.

—Nunca terminé mi duelo con él—, dijo—. El honor puede esperar, pero nunca se abandona.

—Entonces, tenemos un acuerdo—, sonrió el infanzón.

Pero no encontraron a Augusto, sino a los otros dos. Tupoc y Yaretzi estaban heridos, pero él era de mayor gravedad. Ella tenía una herida superficial en el brazo superior, pero él tenía un corte muy delgado en la mejilla y parecía que una pieza de cristal había caído sobre su pie. Ambos tenían armas en mano: él, su lanza segmentada, y Yaretzi, un cuchillo largo.

—La prueba ha terminado—, llamó Angharad—. Bajen sus armas.

Tupoc sonrió, pero no fue dirigido hacia ellos.

—Primero tú, Turquesa—, dijo, arrastrando la palabra con burla.

—Ahora—, insistió Angharad.

—O no—, dijo Remund con tono casual—. Prefiero que sigamos con las probabilidades a nuestro favor.

A pesar de sus amenazas, Tupoc no vaciló. Fue Yaretzi quien bajó su largo cuchillo.

—Paz—, dijo ella—. No hay necesidad de violencia.

—Tienes—, musitó Tupoc—, el sentido del humor más encantador.

—Basta—, dijo Angharad—. Debemos abandonar este lugar; quizás aún exista peligro.

Tupoc dejó su lanza.

—¿Sobrevivieron mis compañeros, entonces?— preguntó.

—Aún falta uno—, respondió Angharad con calma.

—Me pregunto quién será para que tengas esa expresión en el rostro—, comentó Tupoc con sequedad.

Se acarició la barbilla.

—De momento, lo mejor será cuidar a mi rebaño superviviente—, dijo—. Los dejaré, Tredegar. Por un tiempo.

Se alejó con unas leves cojera, pese a que seguramente tenía los dedos del pie fracturados, si no completamente rotos, y los dejó en medio de las ruinas. A Angharad le habría parecido admirable su gallardía, si no fuera tan despreciable como hombre. Yarezi les agradeció la ayuda, pero no tenía intención de quedarse a buscar a Augusto. Esperó hasta que Tupoc estuvo lo suficientemente adelante para no tener que caminar junto a él y se apartó. La Pereduri siguió rebuscando entre las ruinas con Remund, pero tras diez minutos tuvo que admitir que no había señales de Augusto Cerdan.

—Quizás murió en el derrumbe—, finalmente dijo.

Remund negó con la cabeza.

—Los Cerdan no mueren fácilmente—, afirmó el infanzón—. Creeré que está muerto cuando vea un cadáver, antes no.

No sabía si era por sentimentalismo o temor, pero no le apetecía discutirlo. A pesar de sus esfuerzos, parecía imposible acercarse al lugar por donde ella había entrado, porque el colapso en el pasillo había bloqueado varias secciones, aunque en sentido práctico más que en absoluto. Tal vez fuera posible volcar grandes cristales o despejar campos afilados con suficiente tiempo y trabajo, pero ambos recursos escaseaban.

—No veo cómo volver—, admitió.

—Podríamos escalar algunos de los cristales con mi contrato—, reflexionó Remund—, pero no del todo; tomaría demasiados anillos y demasiado tiempo.

El único camino posible era avanzar, entonces. Podrían haber explorado más lejos, pero conscientes de que el tiempo para perder en las ruinas era limitado, Angharad se rindió a las necesidades prácticas de su situación y regresó con los demás. Allí encontró que las tripulaciones se habían separado nuevamente, con Tupoc sonriendo ampliamente.

—Señora Angharad, justo estaban hablando de usted —dijo—. ¿Han encontrado alguna vía de regreso a través del pasillo?

—No existe —contestó—. Quizá, con tiempo y esfuerzo, podríamos crear una, pero incluso entonces, para algunos de nosotros, ese paso sería... inviable.

No hizo falta que mirara a Felis para que él entendiera lo que ella decía.

—Entonces, tendremos que dar la vuelta —dijo Tupoc con una actitud despreocupada—. Como me han informado que ustedes emprendieron su aventura para salvaguardar nuestras vidas mediante un trato con el dios, devolveré el gesto. ¿Haremos que nuestras tripulaciones unan esfuerzos, al menos hasta encontrar un camino de regreso al Fuerte Viejo?

Su instinto le decía que debía negarle, insistir en que sus tripulaciones siguieran caminos separados, pero contuvo esa tendencia a responder apresuradamente. La caverna que se extendía ante ellos estaba mal iluminada, apenas unas grietas emitían un tenue resplandor de cristales azules traslúcidos, y, por lo que Angharad podía ver, sólo había una salida. Sin importar sus deseos, quizás estaría obligada a compartir un camino con la tripulación de Tupoc, por lo que lo mejor sería primero definir la relación entre ambos.

—Estaría de acuerdo en una tregua hasta encontrar un camino de regreso al Fuerte Viejo —dijo Angharad—. Extendiéndola a todos los presentes en este instante.

Tupoc miró a sus seguidores, agotados y ansiosos por evitar enfrentamientos, y resopló.

—¡Ay, pobre Augusto! —exclamó—. Acepto sus condiciones, Lady Tredegar.

Permanecieron un poco más en la caverna, preparándose para partir, hasta que Felis increpó a su esposa. Muchos desviaron la vista con incomodidad, Angharad solo captó que el hombre creía que su última herida era superficial y aseguraba que estaría bien. A su lado se unió Zenzele, quien discretamente le atrajo la atención hacia una conversación tranquila entre Tupoc y Ocotlán.

—¿Es usted buena con un arcabuz, mi dama? —preguntó.

—A duras penas —admitió—.

No carecía de instrucción, eso sería una grave falta en una noble, pero nunca se había dedicado a eso con la misma pasión que a la espada.

—Qué pena —reflexionó Zenzele—. Alguien debería darle un disparo en el cráneo a ese hombre.

—Estamos en tregua —le recordó Angharad con firmeza—. Por mi palabra.

—Así es —coincidió el malani—. Hasta que no lo sea. Las hierbas que no arrancamos en esta prueba quizás nos persigan en la próxima, Lady Angharad. Mejor actuar que esperar ser actuados.

Miró fijamente a sus ojos.

—Si hay que hacer algo así —dijo el Pereduri—, será después de que termine la tregua. No permitiré triquiñuelas en esto.

Zenzele Duma tarareó, y luego apartó la vista.

—Todavía tenemos tiempo —siguió diciendo—. Por ahora. Solo te pido que tengas presente eso.

Sería discutible si planear un ataque justo tras el fin de la tregua, como implicaba Zenzele, sería una falta de honor. Es una línea muy fina, porque en cierto sentido, planear equivale a actuar, pero no sería contradecir exactamente las palabras. Sin embargo, estas son una espada sin valillo y no una con la que quisiera acostumbrarme a manejar. Si debía comenzar una guerra contra Tupoc Xical —pensó—, que sea de la manera correcta. Nada de negocios a escondidas ni traiciones

baratas, manteniéndose en los límites del honor más puro. Inquieta, buscó a Song para que ambos tomaran la vanguardia.

Encontró a la Tianxi apoyada cerca de la abertura en la pared de la caverna, con su capa ajustada firmemente alrededor, vigilando a Felis y Aines. La pareja casada había, al menos, dejado de discutir.

—¿Qué buscas? —preguntó Angharad.

—Problemas —respondió Song—. Pero creo que ya es demasiado tarde para evitarlos.

—Ya ha sido un día largo —admitió mollamente ella.

—Quizá tengamos que pasar la noche aquí, si no encontramos un camino seguro —le indicó la Tianxi—. Sería más sensato que forzar un regreso cuando estamos todos exhaustos y propensos a errores.

—Prefiero evitar dormir aquí si es posible —murmuró ella—. Algo en ese espíritu, Song, todavía me inquieta.

—Entonces también lo notaste —afirmó la otra mujer con aprobación.

—Había algo extraño en él —dijo Angharad—. Dijiste que el pasillo podría ser su propio cuerpo, si recuerdo bien. Pero, ¿por qué se haría daño así, aunque yo lo enfurezca?

El rostro de la Tianxi se tornó severo.

—Empiezo a preguntarme si no era más bien un cadáver —respondió.

¿Quizá quería decir un cadáver?

—¿Un espíritu muerto, como la criatura que chillaba antes? —preguntó la noble con escepticismo—. Parecía demasiado coherente para ser solo eso.

—La Guardia nos dijo que los dioses en el laberinto se devoran unos a otros —dijo Song—. Pero, ¿y si no es tan simple como devorar? ¿Y si, en lugar de consumir a los derrotados, el vencedor... los vacía por dentro, por decirlo así?

—Una marioneta —dijo lentamente Angharad—. Es decir, que esto sería un cascarón de un dios muerto, en cuyo interior otra cosa actúa.

—Eso haría que valiera la pena colapsar el pasillo por la oportunidad de que uno de nosotros muriera —dijo Song.

—¿Pero por qué fingir ser otro? —preguntó ella—. No veo beneficio en ello cuando podría simplemente presentar su propia prueba en su lugar.

—No lo sé —admitió la Tianxi—. Hay algo extraño en la Prueba de las Ruinas, Angharad. La forma en que está construida, sus reglas. Que existan múltiples caminos para llegar a ella, pero que al final se exijan diez vencedores, eso nos incita a dividirnos en grupos menores, menos de diez, y correr riesgos.

—¿Qué obtendría la Orden de los Negros al vernos muertos? —preguntó ella—. El dominio de las Cosas Perdidas es un método de reclutamiento; no querrían desperdiciar vidas solo por jurar lealtad a la Guardia.

—Eso es lo que más me inquieta —dijo Song, apartando un mechón que se había soltado de su trenza—. Pero no aquí encontraremos respuestas.

—La victoria hace que esa incógnita sea irrelevante —dijo Angharad—. Lo mejor es triunfar primero y luego dedicar tiempo a desenterrar todos los secretos.

Ella percibió que Song no estaba de acuerdo, pero no discutieron el punto. Se unieron en la tarea, tomando la delantera, como se había convertido en su costumbre. La compañía que los acompañaba dejó atrás la misteriosa caverna y se adentró en un amplio túnel cuyas paredes, de vez en cuando, exhibían los mismos cristales translúcidos. En pocos minutos, su presencia empezó a menguar, hasta desaparecer por completo y la piedra natural de las paredes se volvió ornamentada. Cada centímetro de ellas estaba tallado, con rostros enojados y risueños. Bestias, hombres y demonios, con cientos de ojos que los miraban desde todas direcciones.

Cada destello de la linterna revelaba dientes desnudos y miradas fijas, como si alguien los vigilara mientras avanzaban.

—He sentido menos amenazas en la gente que amenaza con paralizar mis piernas y dejarme morir —observó Lan—. ¿Estamos seguros de que queremos seguir por aquí?

—No hay otro camino — respondió Song —. ¿A menos que quieras probar suerte con las ruinas?

—Entendido — respondió Lan con ánimo alegre.

Escuchó a Zenzele resoplar. Dejando de lado sus propias dudas, Angharad dio un paso con firmeza. Song a su lado, avanzaron rápidamente por el túnel hasta que este se estrechó tanto que tuvieron que avanzar en fila india. Justo al pasar por el punto más angosto — tan ajustado que tuvo que contener la respiración — emergieron en un gran patio de templo. Una cámara redonda se extendía ante ella, su piso inferior exhibiendo estanques iridiscentes y jardines de piedra, mientras escaleras elegantes ascendían a niveles que rodeaban la cámara, llenos de celdas de oración de Someshwari. Los estanques eran alimentados por cascadas, las mismas aguas iridiscentes caían y proyectaban un mágico reflejo multicolor a su alrededor.

Faroles de piedra colgaban de las paredes, tallados con forma de bocas de bestia, iluminados con una luz que temblaba suavemente.

—Dioses — jadeó Song al salir tras ella.

—Es hermoso — reconoció Angharad.

Pero podía resultar peligroso, incluso si aún no había aparecido ningún espíritu. Se apartaron para que los demás pudieran seguirlos. Cuando Tupoc logró pasar, la noblewoman notó, con sorpresa, que el corte superficial en su mejilla ya no era más que una rasguña. Su cojera permanecía, pero no parecía tan grave como antes. ¿Qué clase de pacto era este? Felis y Aines los seguían, el hombre apartando la ayuda de su esposa — aunque, en realidad, no parecía tan grave como aparentaba. Aunque claramente dolorido, ahora que la astilla de la daga había sido retirada y una venda improvisada colocada por su espalda, parecía fuera de peligro de sangrar mucho.

Había tenido suerte, entonces, o Remund había tenido un golpe de suerte.

Ocotlán era el último en pasar, y tras unos momentos luchando contra las paredes quedó claro que era demasiado grande para atravesar. Para la sorda diversión de Angharad, tuvo que usar un martillo contra las esculturas antes de poder pasar, y aun así fue una labor estrecha. Song tenía en mano su mosquete, mientras que la entrada del santuario fue golpeada con un martillo — y Angharad mantuvo su sable cerca — pero ningún espíritu se dignó a aparecer.

—Podría estar abandonado — reflexionó el Pereduri —. Aunque eso resulta extraño, pues no es propiamente una ruina.

—Hay más de una forma de que los dioses mueran en este laberinto, señora Tredegar — dijo Tupoc con indiferencia —. Me parece que el dios de este lugar habría estado mejor protegido en una fortaleza que en un palacio.

—Estamos profundos en el laberinto — admitió Angharad —. Parece probable que la lucha entre espíritus sea más feroz aquí, donde menos aventureros llegan.

Si los espíritus no podían alimentarse del alma de los encorazados, debían alimentarse entre ellos.

—De todos modos, es mejor mantener la guardia — dijo el maestro Cozme —. Poco podemos encontrar de seguro fuera del Antiguo Fuerte.

Convencidos de que beber las aguas iridiscentes era una mala idea y que lo mejor sería evitarlas por completo, se mantuvieron alejados del piso inferior, pegados a las paredes y subieron las escaleras. Las celdas de oración estaban adornadas con tapetes de piedra, con una sola relieve tallado en la pared de cada habitación, que de otro modo estaba desnuda. No se divisaba polvo alguno en el aire. La salida de este templo debía estar más arriba, pensó Angharad al darse cuenta de que en el primer nivel solo había celdas. Habían resonado bastante por debajo desde el templo de relojería.

Tupoc hacía un gesto para que detuvieran justo antes de llegar al segundo piso, ya buscando su lanza.

“Algo adelante,” susurró. “Prepárense.”

Aunque le desagradaba lo cercano que estaban sus palabras a una orden, Angharad no negó la sensatez en ellas. Con la espada en mano, se agachó en las escaleras, aguzando el oído mientras escuchaba pasos que se acercaban. Exhaló lentamente y lanzó una mirada hacia adelante.

(Tupoc esquivó el golpe antes de que le alcanzara la garganta, pero Shalini le disparó dos veces en el ojo, con manos como relámpagos).

“Espera,” exclamó Angharad, poniéndose de pie. “No son enemigos.”

La boca de un pistón asomó desde la esquina, seguido por el rostro sorprendido de Shalini.

“¿Tredegar?” preguntó, y luego miró más allá hacia los demás. “Vaya.”

El soldado Tianxi Yong, con la espada en mano, se unió a ellos un momento después, mientras Tupoc apoyaba su lanza sobre su hombro. Todas las tripulaciones estaban allí, se dio cuenta. Ella volvió a sheath her su espada.

“Paz,” llamó Angharad. “Parece que tenemos asuntos que discutir.”

—

Las tensiones eran altas, pero como ningún miembro de la tripulación estaba dispuesto a disparar primero, se estableció una tregua. El Lord Ishaan reveló que habían encontrado un camino sencillo hacia el interior del laberinto, más allá de una prueba de ilusiones que Acanthe Phos había engañado copiosamente con su contrato, pero que luego, una serie de callejones sin salida, los habían llevado directamente a este templo, aunque ingresaron por el quinto nivel. Ya llevaban horas allí, y no hizo falta mucho para que la Someshwari mostrara a Tupoc y Angharad el motivo.

“Esto es,” dijo el Lord Ishaan. “Pensamos que ese era el único refugio del templo, pero debimos haber pasado por alto vuestra entrada.”

“De todos modos, ahora no tiene salida,” le explicó Tupoc. “El dios derribó su propio santuario por despecho, a pesar de no haber podido arrebatarnos la vida.”

Angharad solo prestó atención en parte a la conversación, manteniendo la vista en las puertas que Ishaan Nair había traído para que las vieran. Tres grandes círculos de piedra, que parecían casi calendarios aztecas de tamaño humano, con todos sus complejos radios y círculos concéntricos. Al rededor de cada puerta, una intrincada estructura de piedra, con una sola aguja apuntando hacia el interior y moviéndose tan lentamente que, si no prestabas atención, parecía en calma.

“- esperando hasta que se abra,” dijo Lord Ishaan. “El cuarto piso es el más lujoso, por eso preparamos un campamento allí.”

“¿Crees que se abrirán las puertas entonces?” preguntó Angharad.

“Lo harán,” respondió Tupoc en su lugar. “Este es un calendario cíclico, aunque no reconozco a qué dios está dedicado. Sin embargo, las inscripciones indican claramente los horarios de oración.”

Tocó la primera puerta con un dedo.

“El séptimo hora,” dijo, y luego se dirigió a las demás. “La décima. La decimocuarta.”

“Llegamos a conclusiones similares,” afirmó el Lord Ishaan con estabilidad.

“Horas extrañas,” musitó Angharad. “La secuencia no parece obvia.”

“Supongo que son números dedicados al dios,” dijo Tupoc, “quienquiera que sea.”

Una segunda mirada a la velocidad de la aguja y a las horas que mencionaron los Izcalli le permitieron calcular cuánto tiempo quedaba, que no era más que mañana.

“Parece que todos deberemos pasar la noche aquí,” concluyó finalmente.

“En efecto,” dijo Ishaan Nair. “Conviene establecer una tregua más elaborada.”

No fue difícil llegar a un acuerdo, pues ninguno de los presentes deseaba luchar. Se le concedió a Lord Ishaan el derecho a tomar la puerta más cercana a la salida a cambio de permitirles compartir el cuarto nivel con su tripulación, ya que en ese nivel había pozos de agua y auténticas habitaciones para dormir, un lujo que todos ansiaban, mientras Tupoc ofrecía tomar la tercera puerta en agradecimiento a su "invaluable ayuda" a través del salón de cristal. La tintineante ironía de sus palabras le desagradó, pero no lo suficiente como para rechazar la oferta.

Después de eso, todos se acomodaron para pasar la noche.

--

Las habitaciones en el cuarto piso eran mucho más preferibles a las celdas de oración, como había dicho Ishaan.

Había camas de madera, sin sábanas, pero Angharad tenía su propio lecho de campaña, y sus aposentos contaban con un lavabo de piedra que llenaba con agua del pozo más cercano. Lo más encantador de todo era que cada habitación tenía puertas, aunque no se podían cerrar con llave, al menos se podían cerrar. Los dormitorios estaban agrupados en conjuntos, con las tres tripulaciones durmiendo juntas y alejadas de sus competidores, por lo que apenas veía a los demás, salvo una sonrisa compartida con Brun. Cansada y energizada al mismo tiempo, se retiró temprano a su habitación y se encontró acostada en la cama, mirando el techo.

El aire aquí era extrañamente cálido, tanto que incluso con una túnica interior y ropa interior no podía decidir si quería estar dentro del lecho de campaña o no. La luz tenue que provenía de un pequeño agujero en el techo no ayudaba, trazando con sombras la silueta de todo en la habitación. Dándose vueltas inquieta, apartó la vista del mosaico perturbador en el techo, que mostraba aves negras cayendo del cielo como lluvia, y cerró los ojos. Seguramente, si persistía lo suficiente, el sueño llegaría. Angharad no quería enfrentarse a mañana con fatiga, y —extendiendo la mano hacia su espada en cuanto escuchó cómo la cerradura de su puerta comenzaba a moverse—.

Desenvainando sigilosamente su sable mientras caminaba descalza por la habitación, Angharad se apoyó contra la pared para esperar en emboscada. La vaina la apoyó contra la pared, respirando superficialmente cuando la puerta de su aposento se abrió, para luego cerrarse con igual silencio. La asesina dio un paso, otro, y Angharad atacó — solo para que su filo se detuviera a un cabello de distancia de su garganta.

Isabel Ruesta miraba el acero y tragó saliva.

“Angharad,” susurró.

Isabel, se dio cuenta, no llevaba más que una pálida camisa de dormir. Sin mangas y con un escote pronunciado que se tensaba sobre el busto, atrayendo todas las miradas. Las mejillas de la belleza de cabello oscuro estaban sonrojadas, y no cabía duda de por qué otra mujer entraba en sus habitaciones a esta hora tan vestida así. Una visita nocturna, y la tensión desaparecía de sus hombros; ella no desconocía este juego. Retiró la espada.

“Isabel,” respondió, dudando. “No podemos”.

No se podía saber quién podría estar observando, en ese extraño templo, y había demasiados ojos potenciales. Tupoc buscaría algo para tenerlo sobre ella, y no estaba segura de que el Señor Ishaan rechazara una oportunidad para dividir su tripulación. Lo cual, probablemente, se lograría con una cama compartida entre ellos, aunque fuera injusto: Remund se enfurecería, y si él se iba, Cozme también partiría. Los ojos de Isabel se abrieron de par en par por la sorpresa, volviéndose fríos antes de que la infanzona lo apartara con rapidez.

“Jamás pensé que te amedrentara tanto la Casa Cerdan,” dijo con serenidad.

El orgullo herido sangraba en cada poro. Angharad no habría sido diferente, si le hubieran rechazado después de colarse disfrazada de manera tan convincente.

“Si este fuera el Fuerte Viejo, arriesgaría igual, sin dudar,” admitió la Pereduri. “Pero aquí sería demasiado fácil que nos descubrieran, con las puertas tan cerca, y no hay reglas de santuario que impidan que las espadas vuelvan a manos.”

“En el fortín, estaríamos el doble de propensos a ser descubiertos,” refunfuñó Isabel. “Los negros se encuentran por todas partes.”

Ella parecía complacida, aunque al aceptar. Y pronto lo siguió con una mirada traviesa, acercándose y apoyando su mejilla contra la clavícula de Angharad. Torpemente, aún sosteniendo la espada, envolvió su brazo alrededor de la infanzona.

“Sería peligroso regresar tan rápidamente al salón,” intentó convencerla. “Seguramente no querrías correr ese riesgo.”

Los ojos de Angharad se desviaron hacia un cuello delgado, hacia los valles redondeados que se formaban con la caída del manto y sintió la prueba de su resolución.

“Sería demasiado arriesgado,” se permitió decir, tragando saliva.

Isabel presionó un beso contra un costado de su cuello, escondiendo su rostro mientras susurraba.

“¿Y unos besos más, me negarías eso?”

Ella se mantuvo firme.

“No se quedaría en eso,” dijo Angharad. “Sabemos los dos que no.”

Isabel se rió suavemente contra el rincón de su cuello, una sensación que hizo que le temblaran las manos.

“Quizá no,” admitió la infanzona. “Pero quédate conmigo un rato, al menos. Quisiera sentir tu piel contra la mía antes de que vuelvas al frío.”

Y Angharad no encontró en sí misma la fuerza para volver a discutir algo que deseaba con tanta intensidad.

A esa petición, accedió.